

# La Mesera del Café

Antonella Marquez



# Capítulo 1

## LA MESERA DEL CAFÉ

La vida de Rubén se había vuelto bastante rutinaria. Se levantaba a diario a las 6 de la mañana, una ducha, desayuno, caminar para tomar el metro, llegar al trabajo, a medio día ir a almorzar a algún lugar que no fuera tan costoso, volver a la oficina, lidiar un jefe prepotente que siempre le encontraba todo mal y tomar el metro de vuelta a casa, todos los días a la misma hora. Y casi todos los días ver a la misma gente que tomaba el metro a la misma hora que él. Algunas veces, le gustaba pasar el tiempo tratando de adivinar la estación en que bajaría cada persona y cuando acertaba, en su mente realizaba una celebración estilo futbolista al hacer un gol. Eso siempre le provocaba risa. Las demás personas lo miraban extrañados al ver que se reía solo. Sin embargo, a Rubén no lo importaba, era una buena manera para no aburrirse durante las 15 estaciones que duraba su viaje.

A la salida del metro debía caminar 5 cuadras para llegar a su casa, donde lo esperaba su esposa Karina y Josefa, su pequeña hija de 3 años. Karina y Rubén llevaban casados 7 años y habían sido novios 5 años. Eran inseparables, se amaban con locura. La forma en que se miraban demostraba el amor que después de 12 años aún sentían el uno por el otro. Al llegar del trabajo, la familia cenaba y luego Rubén se dedicaba a jugar con Josefa, la amaba más que a nadie y se divertía con cada locura que su pequeña inventaba. Ya no salía de fiesta, prefería quedarse en casa jugando con Josefa y disfrutando el tiempo en familia.

Un día de regreso a casa al salir de la estación, se fijó en un pequeño café que había pasado desapercibido para él. Vio a una mesera llevando un pedido a una de las mesas que estaban en la terraza del café. No supo porque, pero no pudo quitarle los ojos de encima. Fueron máximo 10 segundos en total, aunque, Rubén sintió como si todo ocurriese en cámara lenta. Era una mujer de una sonrisa hermosa, dulce e ingenua y dentro de los estereotipos de belleza era "normal".

Aquella "mujer normal" llamó tanto su atención que no pudo dejar de pensar en ella, no sabía porque, no podía explicárselo. Sentía la necesidad de saber su nombre, de saber sobre su vida. Amaba a Karina estaba seguro. La relación entre ambos había cambiado desde la llegada de Josefa, pero era algo normal a todos sus amigos le había pasado. Ahora era más difícil hacer vida de pareja, tener una cita o tener una noche de sexo como solían tener. A pesar de eso, nunca dudó del amor que sentían, nunca pensó en otra mujer y por supuesto nunca pensó en serle infiel. Esa noche, cual adolescente tuvo un sueño erótico.

Al día siguiente, su rutina fue la misma la siempre, con la pequeña diferencia que esta vez no se pudo concentrar en su juego de adivinar la estación de los demás pasajeros. Sentía muchas ansias, quería bajarse pronto. Cerca de la estación donde se bajaba su corazón comienza a latir fuertemente, está nervioso, quiere volver a verla. Al pasar cerca del café intenta no mirar parece que el corazón se le saldría del pecho. Por un segundo desvía la mirada y la ve limpiando y recogiendo la loza de una mesa. Siente vergüenza por una parte por el sueño que tuvo, siente que ya no está en edad para tener ese tipo de sueños y por otra cree que si ella lo ve se dará cuenta que él la estaba mirando.

Así, pasaron los días, semanas y luego de dos meses mirando a la mesera desde la distancia, sintió la necesidad de saber algo más de ella, su nombre, si estaba casada, sus gustos. Por lo tanto, decidió pasar a tomar un café antes de ir a casa.

Antonia —qué bello nombre pensó Rubén. No lo preguntó lo vio en su tarjeta de identificación— era muy amable, siempre sonreía. Siempre tenía reservada una sonrisa para cada uno de sus clientes. Sabía que eso la ayudaría a tener mejores propinas.

Rubén se hizo cliente del café. Cada tarde antes de volver a casa, pasaba a tomar un americano, al principio no le gustaba, lo encontraba fuerte y amargo. Pero fue el primero que vio en la carta así que con ese se quedó. No era el tipo de persona que disfrutaba del café. Siempre tomaba té y de él si podía dar cátedras, los conocía casi todos y tenía una gran colección de diferentes tés, provenientes principalmente de Asia. Poco a poco comenzó a conversar con Antonia, ya era cliente habitual y ella solía conversar con los clientes, especialmente cuando pasaban solos, no le gustaba un cliente sentado en un café solo, imaginaba que tenía una vida triste y solitaria por eso no tenía con quien ir a tomarse un café. Creía que detrás de esa dulce sonrisa, se escondía una gran pena.

Después de un par de semanas y casi sin darse cuenta, comenzaron a flirtear. No sabría decir exactamente quien comenzó, pero ambos engancharon en ese juego. Y tal como había imaginado, Antonia tenía una dulzura que lo encantó.

Rubén sabía que no era correcto flirtear con Antonia, Karina no se lo merecía, era buena esposa, madre y amiga y en general tenían una buena vida; casi nunca discutían y tenían sexo con regularidad, aunque últimamente, al igual que todo en su vida, se había vuelto monótono y se limitaba a la posición del misionero; que muchas veces era rápido y sin importarles el otro casi como un mero trámite que hay que realizar rápido.

Antonia por su parte, se había acostumbrado a ver a su nuevo cliente todos los días y los días que no pasaba, se preguntaba qué le habría pasado. Cierta día Rubén tuvo un inconveniente en el trabajo que lo obligó a quedarse hasta tarde. Antonia, notó su ausencia e inconscientemente miraba hacia la puerta a cada momento con la esperanza que Rubén apareciera.

De regreso a casa, al pasar por el café y ver que estaba cerrada, se desanimó. En el fondo tenía la esperanza de ver a Antonia. De repente ve que alguien lo saluda desde la distancia, no podía creerlo, era Antonia. Su corazón se llenó de alegría y una sonrisa inundó su rostro.

—Hola, que grata sorpresa —le dijo.

—Hola —respondió ella—. El café acaba de cerrar —continúa —, me voy a casa, fue un día agotador.

Rubén no dijo nada, solo pudo sonreír y después de un incómodo silencio Antonia le dijo que le había dado mucho gusto verlo y se alejó. Por un momento Rubén sintió que debía continuar su camino, pero finalmente dijo:

—Hey... ¿te gustaría comer algo o tomar una cerveza?.

— Fue un día agotador y me vendría muy bien una cerveza —dijo Antonia.

Fueron hasta un pub a una cuadra del café. Era un lugar muy concurrido pero pudieron conversar tranquilamente. Conversaron sobre su infancia, gustos, trabajos, anhelos pero ninguno se atrevió a preguntar por su familia. Estuvieron un par de horas ahí y luego Rubén la acompañó a tomar un taxi.

Al despedirse él toma su mano, suavemente se acerca a ella, acaricia su rostro y la besa apasionadamente. Al sentir sus labios junto a los de Rubén, sintió que se derretiría en sus brazos, no se había dado cuenta cuánto esperaba ese beso.

Tomó el taxi y se dirigió a casa. Al llegar, encontró a su pequeño hijo dormido y su esposo la esperaba con una copa de vino, y se sentaron a conversar sobre su día, como solían hacer todas las tardes. Se había encargado de avisarle que tomaría unos tragos con sus colegas, no se sintió bien al mentirle, pero después del beso supo porque lo había hecho, se sentía atraída por Rubén. Al día siguiente se reportó enferma. No

quería ver a Rubén, tenía miedo de lo que podía sentir al verlo.

Como era su costumbre, después del trabajo Rubén pasó al café, al ver que Antonia no estaba le preguntó a otra mesera por ella, quien dijo que su esposo había llamado diciendo que se encontraba enferma. Cuando Rubén escuchó la palabra "esposo" sintió que su corazón se rompía, a pesar de que quería seguir viéndola pero ese beso había sido un error y ahora ambos lo sabían. Esa fue la última vez que Rubén fue al café.

FIN..